II

MI INOLVIDABLE COMPAÑERO GUTIERREZ SOTO

por el Conde de Yebes

Justifica el que tome la palabra en este momento el hecho de haber sido compañero de carrera de Luis Gutiérrez Soto. Pero no solamente de carrera, sino incluso de academias preparatorias antes de ingresar. Recuerdo que fue para las asignaturas la Academia Martí Ribes, en la calle del Carmen, y para el dibujo la de D. Rafael Hidalgo de Caviedes, gran pintor y padre de nuestro compañero Hipólito. Juntos ingresamos y juntos salimos de la Escuela en la promoción de 1923.

Luis Gutiérrez Soto era un dibujante acuarelista extraordinario y empezó a destacar hasta ser el gallito de la clase cuando llegamos a los cursos de proyectos. De su habilidad conservo un recuerdo digno de mencionar. En aquella época utilizábamos muchísimo lo que llamábamos el espurreado, lo cual consistía en una pulverización con tinta del color elegido que se daba al alzado definitivo de fachada previamente dibujado y acuarelado por nosotros. Este espurreado mejoraba extraordinariamente la calidad del alzado, pues fundía y entonaba el conjunto mejorándolo. Este espurreado se aplicaba empleando el aparato conocido para fijar los dibujos al carboncillo. Con estas descubrí la existencia de un aparato llamado aerógrafo que consistía en una pulverización mucho más fina y funcionaba mediante la presión de un depósito donde se inyectaba aire. Adquirí el aparato en cuestión para utilizarlo en el examen del primer curso de proyectos, que recuerdo era el de una residencia importante para un obispo. Llegado el momento de utilizar el aerógrafo hice pruebas previas a fin de

evitar estropear el alzado ya delineado y acuarelado. No sé si debido a mi torpeza, pero el caso es que el resultado no fue satisfactorio ni mucho menos y prescindí de ello. Pues bien, Luis Gutiérrez Soto, que vio las ventajas que en manos más hábiles que las mías esto podía reportar, me lo pidió prestado y no tienen ustedes idea del éxito con que lo utilizó y el enorme partido que supo sacarle para aquel proyecto.

Como es natural, no voy aquí a hacer una reseña de las obras gigantescas llevadas a cabo por este genial arquitecto, pero sí diré que considero que ningún profesional, en los años en que trabajó, ha realizado un volumen de obra comparable a la suya, porque aparte de sus especialísimas dotes fue un trabajador incansable que se deleitaba con su profesión.

Aparte de su admirable y cuidada composición de fachadas, dentro de la evolución arquitectónica de su carrera, quiero hacer resaltar que le distinguc especialmente la cuidadísima y perfecta ejecución de la obra. El refinamiento y el arte suyo en la elección de los materiales y en la perfecta terminación del trabajo hasta el punto de que para mí eran fácilmente reconocibles las fachadas de Luis Gutiérrez Soto, pues en ellas podía apreciar la atención personal y constante del arquitecto en la ejecución de la obra. Como digo, su sabio manejo de los nobles materiales, que él siempre tuvo la suerte de poder imponer, se tratase de piedra, de ladrillo, de mármol o de metales. En su afán de lograr imponer su personalidad, incluso, muy frecuentemente, fue decorador de los interiores que proyectaba, llegando a dibujar, uno por uno, todos los muebles.

Tenía un gran amor propio y por ello nunca admitió la colaboración o el trabajo en equipo con otros compañeros, ni siquiera en concursos, que es cuando más frecuentemente se recurre a esta colaboración. Pero dentro de esta personalísima forma de tratar los materiales hay una que quiero resaltar y es la forma en que él supo emplear las fábricas de ladrillo visto. Fue algo asombroso cómo supo tratar el empleo de este material, no solamente con los más perfectos y costosos ladrillos prensados, sino también con los más toscos, no por toscos menos nobles. En esto del ladrillo visto Gutiérrez Soto nos ha legado un verdadero documental que tan copiado ha sido, y dentro de esto del ladrillo para mí ha sido su obra cumbre la

iglesia del Monte Carmelo, en la calle de Ayala. Efectivamente, esto coincidió con el repentino auge de la arquitectura religiosa moderna, y en dicha obra, sin recurrir en ningún momento a las soluciones verdaderamente delirantes en algunos casos que ha marcado esta época, realizó una producción de una originalidad y de un prudente modernismo sencillamente admirable y aún más admirable la forma que tuvo de emplear el ladrillo, pues todo ello es ladrillo visto en la más bella forma y empleando un ladrillo que tuvo a gala fuera el más tosco posible. Seguro estoy de que él encargó y dirigió la fabricación de este tosco ladrillo, pues yo creo que el conocido desde años mil y llamado recocho ya no se fabrica hoy día. Sería curioso conocer todas las pruebas de aparejo, todas las muestras de éste. graduando la dimensión de las juntas hasta llegar a lo que él pretendía. Repito que para mí, y a pesar de ser una obra de escasa importancia comparada con las inmensas que realizó en su vida, es una de aquellas más geniales de Gutiérrez Soto.

Otra cosa que quiero resaltar y que también en él fue un verdadero don, un verdadero carisma, fue su arte y su sabiduría en la composición de plantas de los edificios, fuera la que fuese la índole de éste en la inmensidad de los que dirigió. Realmente la perfección de sus plantas y su forma de aprovechar y sacar del solar el máximo partido con increibles soluciones de feliz idea, fue algo insuperable. Hasta el punto que en las innumerables casas de vivienda que proyectó y ejecutó, no solamente en Madrid, sino en toda España, para el que sea medianamente observador, se reconocía inmediatamente el nombre de su autor.

No puedo extenderme más, pues de hacerlo sería interminable, y con estas palabras quiero rendir homenaje a la memoria de este compañero con quien me unió durante sesenta años la más invariable y cálida amistad y que ha muerto ahora en la brecha y en plena fecundidad de su obra.

Pérdida irreparable para nuestra Academia y para la arquitectura patria.